

EL ENIGMA DE LOS CABALLOS

Por EMILIO BARRETO

Foto: Mariela Vázquez



¿Qué he hecho, quién soy y qué puedo hacer? Las interrogantes aparentan un breve examen de conciencia, sin embargo de una barrida pueden sacudir, tambalear, desautorizar cualquier existencia humana de poco provecho. La vida merece la pena ser vivida. Pero eso sí, sobre la base de la responsabilidad. Vivimos en sociedad, esto es, comunidad. La comunidad es para establecer comunión, o sea, poner en común algo, o muchas cosas, o quizás casi todo. La vida humana, finalmente, es don de Dios. Y Dios es amor misericordioso para la persona humana,

a quien ha dotado de inteligencia para transformar el mundo. Por todo lo anterior, la vida humana se erige en compromiso doble: con uno mismo y a la vez con el prójimo.

Así parecen decirnos Joel Serrano Rojas y Damián F. Serrano en la muestra escultórica y a la vez tesis de grado intitulada ¡Ven! Miré y vi. Los artistas son dos jóvenes recientemente egresados de la Academia de Artes Plásticas San Alejandro. La propia institución que los formó acogió la tarea de ser galería de arte para, de buen grado, cumplir un doble propósito: primero, el de la escuela que despide a sus graduados; segundo, el del universo de la consagración al arte que los recibe para insertarlos en el ruedo de la creación artística y la competitividad del mercado.

¡Ven! Miré y vi está inspirada en pasajes bíblicos de El Apocalipsis, el último de los libros del Nuevo Testamento. Apocalipsis –tienen muy en cuenta Joel Serrano y Damián F. Serrano– significa revelación. Aunque El Apocalipsis debe leerse, primeramente, a la luz de los acontecimientos de la época en que fue redactado, es decir, en el contexto histórico de fines del siglo primero de la era cristiana –así afirma La Biblia en su versión popular al cuidado del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)–, aporta, sin embargo, un mensaje directo de esperanza vigente para todos los tiempos, incluso para el futuro.

La muestra consta de tres piezas de aspecto monumental: tres caballos malhumorados que informan, en tono desafiante, acerca del tiempo perdido, de la negligencia, del pasar por la vida sin dejar constancia de la bondad, de la generosidad, del desvelo inmanente a la condición de ser persona humana, por el bienestar del otro, por la preservación de la paz...

Pero, ¿cómo se puede demandar explicación por la ausencia de lo bueno desde la asunción de tres rictus dantescos? La fealdad no es precisamente mala consejera; lo horripilante sí. Ciertamente, los tres corceles enfurecidos de Joel y Damián inspiran, más allá del respeto, acaso miedo. A un animal enfurecido, quizás baste con mantenerlo –o mantenerse uno de él– a una distancia prudencial. En cambio estos demonios, envueltos en el señuelo de la depauperación, el grito y la sangre, desconocen las distancias y salen a pedir cuentas.

Pero en el lance a manera de reto el espectador decidido y consciente termina por descubrir la otra clave que redondea el enigma de la exposición: la belleza estética que recubre el halo espeluznante. Se trata de lo bello, de lo bestial, tal y como hace varias décadas nos diera una muestra de ello el poeta norteamericano Alex Ginsberg con Alarido, enormidad de poema que, a inicios de los ochenta, el cineasta italonorteamericano Godfrey Reggio aprovecharía para presentar su documental Koyaanisqatsi. Con esta pieza, Reggio también nos enseñó lo bello de lo bestial. De forma similar se las arregló Francis Coppola en 1992 para componer la arquitectura del filme Drácula de Bram Stoker. (Coppola fue asesor y productor de Reggio. Por tanto conoce la efectividad de lo bello de lo bestial como resorte).

¿En qué consiste lo bello de lo bestial? Se trata del ropaje maravilloso que recubre a la fealdad, convirtiéndola en algo subyugante, en una mole de horror que de inicio repele, pero de inmediato atrae. El horror embellecido por la mano de estos dos jóvenes artistas más que espantar reclama con fuerza persuasiva. Los tres caballos son tan luciferinos como hermosos: jóvenes, apolíneos y vigorosos. Así, el espectador acepta el reto de mirar de frente, bien de frente a estos caballos. Esa es la verdadera acción para captar el grito de alerta ante la responsabilidad en los instantes de desesperación.

A tenor con la seguridad y el aliento irradiados por El Apocalipsis nos llega con los dos escultores la certeza del empuje de lo demoníaco y su enseñoreamiento por lapsos más o menos largos. Del mismo modo, los creadores se erigen en divulgadores, proclamadores de un anuncio alentador: la victoria final y definitiva del bien sobre el mal. Y ese, finalmente, es el triunfo de Dios por la acción redentora de Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres.